

El Torres parece que si es español, pero el Gúmes puede ser portugués, parece que mi familia llegó del Congo, de por ahí.

En el Perú hay una discriminación racial como disimulada. Puede decirse de boca que no hay racismo, pero se cierran muchas puertas por la color. Hay gente que puede decir que es tonto pero en la práctica impone su supremacía. En este tiempo en que se mata a tantas personas, yo pienso, a veces matan con fusil pero a veces matan con las palabras.

Cuando dicen "negro maldito" van matando, matando. Hay personas que te lo dicen de cariño, pero hay personas que lo dicen con desprecio. Queda mucho racismo todavía. En cuanto a eso, yo trato de caminar según las circunstancias. Yo tengo mi manera de ser y de vestirme y nadie me va a cambiar. La gente no puede exigirte que seas lo que no eres. Yo creo que todos los seres humanos somos iguales, porque nacemos con la misma capacidad pero la gente nos da distintas oportunidades en la vida.

Hace un mes he escuchado sobre Bartolomé de Las Casas que defendió a los indios y los negros. Tengo que averiguar bien, yo creo que llevando las enseñanzas de Bartolomé de Las Casas se puede hacer algo.

Resolver el problema de la raza demorará, porque todavía nos falta valorarnos, nos falta una identidad. Una identidad de queremos. Quererse uno mismo. Identificarse con lo que es. Mi fe me ha servido mucho cuando me he sentido, así, discriminado, como se dice. Una lectura que es un himno para mí es el Juicio Final, de Mateo 25. Dice ahí que el Señor escogerá a los buenos cuando venga; y yo sé que no los va a escoger por la color sino por lo que lo han servido. Hay que vivir, por eso, por el Reino. Luchamos por el Reino, o algo parecido, más que sea.

Un colofón (que es, más bien, un ruego)

Hermano mío, mírate sin sombras al espejo. Mira a tu Creador brilládotte en los ojos; intuye la caricia de su mano enredando tu pelo dulcemente o alisándotelo. Nota la precisión del pulso del Perfecto tallando tus facciones a Su Imagen. Fíjate cómo impuso Su sello sobre tí en el Sexto Día, al principio del tiempo. Mírate sin reparos; date cuenta que se te encomendó el planeta y todos los demás vivientes. Así compartes señorío con tu especie y responsabilidad sobre lo sacado de la nada por el Santo. Entonces sal a los caminos cantando un nuevo cántico con los brazos abiertos y ve reconociendo uno a uno, en cada ser humano que te encuentres, los mil rostros de Dios.

TESTIMONIOS

Carta desde Ayacucho

Ayacucho, 14 de julio de 1989

Queridos amigos:

Todo tiene su tiempo...y esta vez a mi familia le ha tocado vivir todo junto el drama del seno de esta tierra y yo he sentido sobre mis hombros todo el peso de Ayacucho. Mi padre Juan de Dios y mis hermanos Juan y Manuel han aumentado el número de muertos por la vorágine violentista. Ya no es, pues, solamente cercano el dolor y el sufrimiento. Es como si no "hubiera más anochecer ni amanecer" por el constante azote tenue de las lágrimas y los dientes apretados impotentes ante la absurda o incomprendible muerte de tantos seres inocentes de este pueblo. Lo que ha pasado con mi familia, ha pasado con otras y, desgraciadamente, sigue pasando con otras más. ¿Hasta cuándo? En este tiempo de Ayacucho por ello he sentido revueltos la pobreza, la muerte por la violencia, el miedo, la impotencia, la solidaridad y la esperanza.

La pobreza cancerígena avanza por los tugurios, las plazas y los mercados, y por los alrededores de la ciudad. No hay día, hora, minuto que no corra la amarga noticia de que alguien conocido ha sido muerto. Viudas y huérfanos deambulan por las calles vestidos de luto. Mujeres y hombres en las puertas de las dependencias policiales y militares indagan por sus "perdidos", detenidos y desaparecidos. Se canta tristemente: "Vida mía, suerte mía; mi vida es como un vaso de cristal. ¿Por qué he sido engen-

drado? ¿Por qué he sido parido?" , así "la vida ya no vale nada" se dice en todo momento, pues ella se ha convertido en el blanco del fuego cruzado de la violencia armada, la venganza, del pillaje y la amenaza... Se convive con la muerte que viene del hambre, de la confusión, del abuso, de la prepotencia, de la inmoralidad y corrupción en todo ámbito; pero también de la indiferencia que se ha convertido en un modo de vida. Toda la vida de este pueblo, pues, padece violencia por el abandono, la ignorancia institucionalizada y la ausencia de reglas mínimas de respeto a la vida. El miedo recorre todo esto y se cubre también de apatía, de silencio, de frustración y desesperanza. Estos días he visto y oído en la vida de tantos jóvenes la angustiada carga de no poder vislumbrar un ápice de salida para sus vidas y la de su familia, también en los adultos el inagotable sufrimiento de saberse impotentes, de no poder dar su vida en lugar de la de los jóvenes que mueren tempranamente. En una palabra la vida está arrinconada, amenazada, pisoteada...pero también y a pesar de todo retoñando siempre como simiente sembrada por manos presurosas y cariñosas.

Pero en este pueblo que sufre y se desangra internamente, sin embargo, late y vibra una particular experiencia aún en medio del dolor, y cree que sus muertos al *quinto día resucitan*. Durante la noche de velación de las ropas de los muertos se experimenta que los muertos viven en el corazón del pueblo. Esa noche la compañía, la colaboración, la ayuda mutua, el ayni de días anteriores se renueva, se refuerza y se disfruta plenamente. Es como si la muerte poco a poco hubiera ido hilando y tejiendo una alfombra colorida de ternura entre los miembros de este pueblo, hasta convertirnos en un solo corazón ardiente de esperanza. Cada "te acompaño en el dolor" lejos de ser palabras desabridas y trilladas eran hilos de colores fuertes de solidaridad inagotables. ¿Acaso, entonces, no existen fuerzas suficientes para convertir Ayacucho en *Causaypampa**? Yo creo que este pueblo se está nutriendo en la lenta fragua de "tener que resignarse y empezar de nuevo" que cada uno de ustedes nos ha mostrado con ternura. Resignarse no es dejar al olvido sino mantener la memoria colectiva de saberse parte de un pueblo que sufre y cree en la vida. "Dios no olvida a sus pobres, decía una anciana, sigamos trabajando cada hijo es una bendición y no nos faltará el pan". "En esta vida todo se paga" y éste es el reto de sabernos partícipes del quehacer difícil de levantar y de tejer un pueblo con un cielo azul de justicia, equidad y libertad.

* Ayacucho significa en quechua rincón de los muertos. Causaypampa significa campo abierto para la vida.

Dios nos dice en la biblia que "el ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir: Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia" (Juan 10, 10). Quienes creemos en el Señor afirmamos nuestra fe en el Dios, Dios de la vida y rechazamos todo aquello que produce la pobreza, la injusticia, la violencia y la muerte.

Por eso, "la esperanza es lo último que se pierde" y en efecto eso es lo que ví estos días en este pueblo que poco a poco se levanta aún en medio de la desesperanza. Además he sido testigo de una Iglesia que trabaja silenciosa y capilarmente comprometida con los presos, las viudas y los huérfanos. Comprometida con los sinsabores de tener que acompañar a las mujeres en el calvario de enterrar a sus esposos e hijos muertos inútilmente. El trabajo lento de construcción también se hace allí donde se enseñan las primeras letras a los niños del campo, se ayuda a construir acequias, se cuida de los niños huérfanos, se acompaña a las mujeres y jóvenes, se hace música para contagiar con el canto, y con los pinceles se cultivan los campos mustios y se levantan con los libros los árboles caídos por el rayo de la violencia. Todo esto y más nos hace pensar que esta tierra ya no será más *Ayacucho* sino Causaypampa, cuando sus niños y sus jóvenes tomen entre sus manos el encargo de cambiar su destino.

Sean, amigos, que estos días mi familia ha sentido el calor y la ternura inagotable de un pueblo pobre que cree y celebra la resurrección al "quinto día" recreando el dolor en alegría, la tristeza en esperanza. Desde estas líneas queremos afirmar que de todo corazón perdonamos a los que atentaron contra el don más grande que Dios nos dio: la vida. Les perdonamos porque lo han hecho sin saber por qué y como se canta en esta tierra "Yo quiero ser el hermano que da mano al caído y abrazados férreamente vencer mundos enemigos y abrazados férreamente vencer mundos que oprimen".

Pero perdonar es dar vida como decía una anciana con lágrimas en los ojos: "no nos toca a nosotros juzgar, Dios se encargará de eso; nosotros debemos perdonar a los que nos ofenden". Pero con firmeza repetimos lo que decía otro joven: "Tengo que hacer algo... tengo que hacer algo para cambiar esta tierra con justicia y solidaridad".

La noche de la velación de las ropas de mi padre Juan de Dios y de mis hermanos Juan y Manuel se repartió la *coca*. Su lectura nos hizo presagiar tiempos buenos, tiempos de conversión, de cambio, de justicia y de liberación... pero también tiempos difíciles que requerirán del trabajo de cada corazón, de cada pensamiento y de cada mano. Gracias, amigos porque les debemos la ternura y el calor de su solidaridad y esperanza.

Luis Mujica